

El golpe en Honduras

Con el regreso del derrocado ex presidente Zelaya a Honduras y su escala en El Salvador, se levantó una polémica que muestra que la cultura autoritaria y exageradamente nacionalista sigue firme en nuestro país, especialmente en las mentes de los miembros del poder económico. Se decía, entre otras cosas, que Zelaya había sido destituido legalmente, que apoyar su paso por El Salvador era ilegal, que Brasil creaba problemas internacionales aceptándolo en su embajada y que la comunidad internacional estaba ofuscada y equivocada en su negativa a aceptar a Micheletti como gobernante legítimo. Algo a todas luces absurdo. Como si los analistas salvadoreños de derecha fueran más lúcidos que la opinión internacional mayoritaria. Afirmar que la comunidad internacional está equivocada sobre el golpe de Estado en Honduras es posible en El Salvador gracias a la muy baja calidad intelectual del debate interno. Pero fuera de nuestras fronteras, afirmar tal cosa significaría, simplemente, hacer el ridículo. El cierre de emisoras y la suspensión de garantías constitucionales dicen bastante más sobre Micheletti que las turbias defensas que hacen nuestros periódicos.

Pero así suelen ser las cosas en nuestro país. El monopolio informativo salvadoreño, ideológico y económico al mismo tiempo, marca y decide lo bueno y lo malo desde sus propios intereses conservadores. Y así, cualquier opinión impresentable en medios informativos del mundo desarrollado aquí se vuelve dogma, aburrida cantilena en blanco y negro. Afirmar que Zelaya ha sido destituido legalmente es absurdo. Se trata de un presidente al que se le asalta ilegalmente en su casa —sin orden de detención alguna—, se le lleva a la fuerza al aeropuerto y se le echa del país en contra de lo que la Constitución hondureña ordena. Se informa públicamente desde el Estado que Zelaya ha presentado su dimisión; y sólo cuando Zelaya niega esa versión estatal, se le acusa de violar la Constitución y de haber sido depuesto como presidente. No hubo proceso jurídico en su contra, no hubo posibilidad de defensa. Todo se hizo luego de expulsarlo del país ilegalmente. La ilegalidad e improcedencia de la expulsión vicia cualquier proceso posterior, y eso es lo que movió a la comunidad internacional a no reconocer a Micheletti.

Por ello, presentar a Micheletti como un demócrata no mueve sino a risa. El historial de este político, que empezó su carrera como dueño de buses en el Progreso, está plagado de trampas, feroces luchas intrapartidarias y corrupción rampante. Pero ni la corrupción ni la ignorancia son

problema en nuestro país si se analiza la realidad desde un retrógrado lente anticomunista, digno del himno que presagia tumba para todos los vinculados al color rojo. Aunque con excepciones, porque rojo es también el color de los liberales a los que pertenece Micheletti y a cuyo sector dominante ha traicionado. El olfato conservador es siempre más poderoso que el himno tabernario.

Lamentablemente, la vía del diálogo en Honduras, que sería la más lógica y productiva, está cerrada. A los militares salvadoreños les costó diez años, y una fuerte presión internacional por sus crímenes, entrar en un diálogo inevitable. El arreglo de Micheletti con los militares, que supone convocar elecciones en las fechas fijadas, no ofrece el marco temporal suficiente para presionar adecuadamente al Ejército hondureño, verdadero protagonista del golpe. Lo triste es que la solución impuesta, gane quien gane las elecciones, dejará a una Honduras sumamente dividida no sólo en el campo ideológico, sino también en el político. El gobernante que acceda al poder tras las elecciones será más débil todavía que Zelaya. Y la situación hondureña, tan plagada de violencia, pobreza y corrupción, continuará cuatro años más a la deriva. El vacío de poder marcará sin duda la inestabilidad característica de los Estados fracasados. Se pierde así la posibilidad de un diálogo en el que se tracen caminos de desarrollo consensuados. Y aunque la maquila retorne, la pobre Honduras seguirá siendo la cenicienta de Centroamérica.

En El Salvador, la preocupación de fondo, incluso en algunos sectores gubernamentales, es la de restablecer las relaciones comerciales. Después de una serie de condenas más bien simbólicas, el descenso de las exportaciones hacia Honduras, el segundo receptor de las mismas, se ha vuel-

to la preocupación principal. La poca capacidad política de nuestro Gobierno ha sido sustituida muy rápidamente por las preocupaciones comerciales, incluso tratando de salvar la cara internacionalmente con un ligero discurso a favor de los derechos humanos. Pero no sólo las exportaciones pesan. La pésima gestión arenera de la agricultura en sus veinte años de gobierno muestra también la debilidad de un país como el nuestro, que abandonó el campo y que, sin mejorar adecuadamente los servicios, puso en riesgo su seguridad alimentaria. La complementariedad agrícola que Honduras tiene para con El Salvador y, en cierto modo, la dependencia de nuestro país de la importación de granos son elementos que al final han inclinado la balanza a favor de los plañidos económico-ideológicos de nuestra derecha empresarial.

La izquierda, por su parte, tampoco ha mantenido una línea propositiva. En vez de exigir diálogo entre las partes, apoyó masivamente la polarización existente en Honduras. Aunque era lógico exigir la salida de Micheletti y la formación de un gobierno de unidad nacional presidido por Zelaya, las formulaciones de la izquierda tendían fundamentalmente a exigir un retorno incondicional de Zelaya y una profundización de las supuestas reformas. Las tensiones producidas durante el gobierno de Zelaya, la corrupción que nunca pudo ser erradicada de las filas gubernamentales y algunas decisio-

La poca capacidad política de nuestro Gobierno ha sido sustituida muy rápidamente por las preocupaciones comerciales, incluso tratando de salvar la cara internacionalmente con un ligero discurso a favor de los derechos humanos.

nes más populistas que honestas hacían difícil un retorno incondicional. El maximalismo de nuestras débiles izquierdas casi siempre juega un papel negativo en la construcción de un pensamiento realista, que lleve a nuestros países a un futuro con mayor desarrollo social y cohesión ciudadana.

Sea como sea el futuro de los hondureños, favorecer a las fuerzas que propugnan internamente un diálogo de país es la mejor apuesta que podemos hacer. La mejor para El Salvador, que necesita a su lado un país estable; la mejor para la democracia, que ha quedado debilitada en Centroamérica tras el golpe. Sin diálogo interno, sin un proyecto serio y consensuado de país, Honduras continuará siendo la herencia desorganizada de aquella república bananera que desde el poder legislativo llegó a afirmar que la Constitución era “pura babosada”. “A río revuelto, ganancia de pescadores”, dice la sabiduría popular. Y el río revuelto ha sido demasiado tradicional en Honduras; los pescadores, con frecuencia los más sinvergüenzas y desalmados. Revertir esa situación es cuestión de los hondureños, pero también es un problema centroamericano. Saber un poco más sobre Honduras, siendo vecinos como lo somos, es, cada día más, una responsabilidad ética para nosotros. Saber más y solidarizarnos mejor.